**Zeitschrift:** Hispanica Helvetica
**Herausgeber:** Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos
**Band:** 3 (1992)

**Artikel:** Religiosidad cotidiana en la narrativa reciente hispanocaribeña
**Autor:** Sánchez, Yvette
**Kapitel:** Observaciones finales
**DOI:** https://doi.org/10.5169/seals-840882

**Nutzungsbedingungen**
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

**Conditions d'utilisation**
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

**Terms of use**
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

**Download PDF:** 23.08.2025

**ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch**

## OBSERVACIONES FINALES

Quisiera recapitular la disposición de este análisis: A guisa de ambientación, sobre todo para el lector no-caribeño, he desarrollado en las primeras 30 páginas los conceptos implicados en el título del estudio (Motivación). Las notas etnográficas completan la primera mitad del trabajo y se dedican al valor que el habitante del Caribe concede al material en la forjación de sus conceptos religiosos. Los textos en prosa publicados a partir de 1970 (hasta 1985) ocupan la parte principal y más larga. Las ocho mini-monografías degustan la sal que confiere sabor literario al material en bruto relativo a cuestiones de fe.

Por supuesto no vamos a calificar de valiosa, sin más, una obra literaria por la simple razón de que se ocupe de motivos religiosos. En cambio, nos sirven de barómetro, la sensibilidad y la tolerancia con las que procede el autor, si lo que trata son creencias y rituales. Queda cuestionada la calidad de su prosa, cuando falta al respeto a cosmovisiones distintas de la suya. Para citar un caso extremo, que ni siquiera queda rescatado por una pizca de ironía, de burla o de humor, remito al lector al pasaje de un cuento tradicionalista del dominicano Arturo Rodríguez Fernández (cf. p. 95 de este estudio). El mero decorado rural de la temporada de la zafra, lo admitimos, está retratado de un modo fidedigno, aunque la sensualidad intencionada no pasa de lo tópico; pero lo que tiene que soportar el personaje femenino, una haitiana que le ha hecho falta al narrador omnisciente para completar su cuadro típico (la imagen que crea es tan común y corriente en el Caribe que no se va a grabar en la percepción o memoria iconográfica del lector como duradera y digna de recordar por el logro artístico), es, en una palabra, horripilante: las extremidades inferiores de la mujer no corresponden al código de belleza femenina, pero al menos llegan a ser „complacientes“ y anuncian el interés del narrador por una reducción a cuerpo „lujurioso“, disponible, por despreciar escandalosamente la vida espiritual de la mulata, cuya religión es el vudú, „primitivismo supersticioso“.

Rodríguez Fernández así mantiene su cuento al nivel del hombre blanco (históricamente colonizador), etnocentrista pleno. El tono de la

escritura es grave, trivial y paternalista. Y bien podría ver la paja en el ojo propio: la técnica del punto de vista de la omnisciencia u omnipresencia que aplica él para su narrador presenta ya en sí un caso de „superstición" también. Se complementan forma y fondo.

Nuestros autores principales tratan concepciones del mundo ajenas con más finura, precediéndolos a todos Mora Serrano, o, por lo menos, dejan traslucir que son más conscientes de la irreverencia (cf. Sánchez con su concepto, lo hemos llamado postmoderno, de propagar lo grosero para derribar mitos e instancias sacralizadas, prestigiosas, pp. 110-112 de este estudio), o bien la ironía y el humor la hacen a ésta menos irritante.

Cualquiera de ellos apunta, por ejemplo, al catolicismo, religión institucionalizada por antonomasia, sobre todo en su forma original, pura y dogmática, tomándola como blanco de sus burlas y ataques, los cuales salen de la pluma del dominicano con mayor indulgencia. Sus compatriotas Pedro Peix y Rubén Echevarría (cf. p. 96 de este trabajo), Rodríguez Fernández, sus colegas cubanos Manuel Granados (cf. pp. 95-96), Arenas (cf. pp. 147-148), Fernández (cf. pp. 120-121), Pereira (cf. pp. 138-139) y Sarduy, y el puertorriqueño Sánchez (cf. p. 111) tratan de „digerir" esta confesión rebajando la infiltración de semejante potencia religiosa con desprecio y blasfemias.

Las tendencias sincréticas, menos establecidas, las miran ya con más simpatía, y con mucha más aún, los narradores tradicionales, Pereira y González. El narrador de este último incluso parece llegar a reprochar a su protagonista la falta de confianza en las prácticas y premoniciones espiritistas de la mulata. Cualquier expresión de fe aldeana, ajena (sincrética) despierta la fascinación casi ilimitada del personaje principal de Pereira.

De Barnet, ya de por sí, se puede esperar tolerancia etnológica; el único que suele evaluar es su yo-protagonista, claramente despegado del autor.

Los experimentalistas, en sintonía con la búsqueda de nuevos senderos de escritura, desmitifican las creencias sancionadas por una colectividad: Sánchez, con socarronería benévola, Fernández, con ironía, Arenas, con amargura -él es quien se interesa especialmente por pequeñas y, a escala social, insignificantes creencias y rituales privados y cotidianos, „manías" (cf. p. 148 de este estudio) - y Sarduy, el más anárquico de todos, pues, establece prácticas de marginado que utilizan los datos etnográficos reales más abigarrados (con predominio de los orientales, cf. el *Diario indio*) y, a la vez, dan al traste con ellos.

Mora Serrano tiene siempre algo que decir en ritos, „manías“ y „supersticiones“ muy particulares suyos, de sus personajes (de todos los espacios y estratos) y en los privatizados, transmutados, derivados de un origen católico, africano o sincrético. Él suministra tal vez el material etnográfico más variado; Pereira y Barnet, el más extenso.

Estos dos últimos, más González, que han optado por una escritura esencialmente costumbrista, no se han aplicado verdaderamente, como un Sánchez o un Arenas (también Mora Serrano), a registrar la cultura cotidiana individual con todas sus bagatelas, con todas sus prácticas más o menos baladíes, repetitivas. Se traza, pues, la tendencia de un interés más agudo en lo banal por parte de los literatos más innovadores y de la consciente admisión en sus textos de las sólo aparentes nimiedades en las que uno se para diariamente, pequeños actos „mágicos“ en los que se confía como necesidad vital, con vistas a su eficacia en la lucha por la existencia.

Ha sido mérito singular de algunos autores del Caribe, su aporte a la literatura universal, y muy en especial de García Márquez, el haber sabido sentar con sinceridad y maestría la filiación y sobre todo el intercambio notorio entre lo cotidiano y lo sobrenatural, a base, por supuesto, de un espíritu generoso, franco, abierto y natural en el tratamiento de las *dos* esferas por parte de las personas de su medio ambiente.

Lo que se ha perfilado en la actitud y el interés por distintos matices de las diversas Mitologías, repercute, como es lógico, en las técnicas narrativas aplicadas por los autores. La escritura compromete tanto como el credo.

Los dos polos, muy generalizados, el de la narrativa tradicionalista y el de la experimental, deciden los recursos técnicos, y dividen a nuestros escritores en dos grupos: Sarduy, Arenas, Fernández, Sánchez vs. González, Pereira y Barnet; Mora Serrano salta de uno a otro.

Se señalan casos de unidad según estas dos vertientes globales. Descansando en el molde formal establecido, los clásicos muestran mayor inclinación por el contenido, es decir, nos suministran, como acabamos de mencionar, el grueso del corpus etnográfico.

Los cuatro innovadores, cuyas obras se asientan en la orilla de la novela como género, combinan diferentes tipologías con relaciones intertextuales fuertes, construidas con base en la literatura universal - real e inventada - y, casi con mayor interés, en la extraliteratura de los ‚media‘ y la cultura de masas (textos publicitarios, periodísticos, etc.), tanto oral como escrita.

La estructura enredada trata de tomar en cuenta una pluralidad de puntos de vista narrativos y los saltos imprevisibles que da el pensamiento en la realidad, al suspender una evolución lineal, cronológica.

El recurso técnico del lector implícito se ha comprobado en Sarduy y Sánchez.

Prácticamente todos (menos tal vez Fernández) aspiran a superar el aparente choque entre lo escrito y lo hablado, incluyendo en la categoría textual literaria la creación oral, por ejemplo, mediante la reconstrucción del lenguaje coloquial: sintaxis simple, abundantes repeticiones, transcripciones fonéticas, léxico popular, modismos, lugares comunes, situaciones de bilingüismo inglés-español (interferencias a causa de la emigración caribeña masiva a EE. UU.) o español-„créole" (por la emigración haitiana a otras naciones antillanas), etc.

Arenas y Barnet se abstienen de jugar con los recursos exclusivamente literarios de construcciones retóricas. Los demás, malabaristas, nos regalan con pruebas evidentes y deslumbrantes de sutilización del arte de la escritura, ocasionalmente con un gran sentido del humor.

Entre las fuentes y los portadores de energías sobrenaturales que repercuten en la narrativa caribeña investigada, figuran, por citar algunos, el sincretismo de los complejos rituales (vudú, santería, espiritismo), la integración natural de la muerte en la vida, el enfrentamiento textual mediante el pleno uso de los sentidos con el medio antillano, la omnipresencia y sacralización de ritmos y música (también la ligera), la cultura de masas urbana, los abuelos, la fabulación barroca, el aislamiento en medio del mar, etc.

Con ello podemos volver a plantear la pregunta acerca de la concepción unitaria del ámbito del Caribe desde la perspectiva sociocultural y, en especial, la literaria.

Quizás no se debería sancionar sin más esta idea muy ponderada inicialmente en círculos eruditos extranjeros, europeos y nortemericanos[328] y últimamente también en los nativos. Más que el término de la *unidad* aprobaríamos el de cierta *afinidad* entre los narradores consultados, que sin embargo componen un grupo bastante heterogéneo y disperso. ¿Por

328. Cf. la „Karibistik" alemana o, por ejemplo, un congreso que tuvo lugar en 1978 en Minneapolis que quería avanzar en el proceso de la concepción unitaria de la literatura del Caribe (v. Ileana Rodríguez, *op. cit.*, p. 8).

qué ocultar las diferencias? La fluctuación en el grado de experimentalismo o tradicionalismo de su escritura, de tolerancia hacia cualquier expresión de religiosidad es bastante obvia en este conjunto tan abigarrado de autores. Ahora, la heterogeneidad opuesta al purismo de movimientos y escuelas literarias se ha reanudado en diversas épocas como móvil de las vanguardias innovadoras (cf. el Renacimiento, el Romanticismo, la lírica del manierismo barroco, el simbolismo, el surrealismo, tendencias postmodernas, etc.).

El debate entre las dos tendencias idiosincráticas es antiguo: el sincretismo, lo cotidiano, la amalgama, la mixtura, la pluralidad vs. el purismo, la jerarquía, la convención normativa, la institución, la homogeneización totalizadora, la eliminación selectiva.

Nuestros ocho narradores optan por el sincretismo tanto en el terreno de la religiosidad[329] como (casi todos) en el de la prosa. Anárquicamente violan las reglas al provocar el contacto y la contaminación mutua de dos o varios códigos culturales y literarios antagónicos, sin considerar superior a ninguno. Por lo tanto, la fricción de los más diversos estilos y técnicas narrativas, como reacción a una preceptiva retórica ortodoxa, permite superar la frontera entre una cultura de élite, selecta y una popular, de masas o de subcultura. Ahí está Luis Rafael Sánchez, cuya prosa se encuentra más cerca del vicio que del arte (una calidad postmoderna[330]) ; y ahí está la técnica de la intertextualidad de Arenas y Sarduy, quienes mezclan los elementos de un material verbal heterogéneo.

Queda programada la transformación brusca, en la que reside la afinidad entre los escritores reunidos en este estudio, digna de tener en cuenta por su fuerza subversiva pero nada extraordinaria dentro de la literatura universal de cualquier época.

No sorprende que el modelo cultural del sincretismo caribeño provoque la „promiscuidad semiótica“ [331] en la estirpe completa de los ocho narradores consultados.

329. El capítulo *Prácticas religiosas* muestra esta clara defensa del sincretismo y el ataque contra el purismo.

330. Leslie A. Fiedler, *Ueberquert die Grenze, schliesst den Graben! Ueber die Postmoderne* y Umberto Eco, *Postmodernismus, Ironie und Vergnügen*, en: Wolfgang Welsch (ed.), *op. cit.*, pp. 57-77.

331. Renate Lachmann, *Synkretismus als Provokation von Stil*, en: Hans Ulrich Gumbrecht/ K. Ludwig Pfeiffer (eds.), *Stil: Geschichten und Funktionen eines kulturwissenschaftlichen Diskurselements* (Frankfurt a. M., Suhrkamp, 1986), p. 542.

No se trata de ninguna arbitrariedad por nuestra parte el haberlos examinado por separado, como individuos. La etiqueta colgada al nombre de cada uno en los respectivos títulos a ellos dedicados, son indicio palpable de que, para nosotros, estas piezas de la narrativa reciente, tienen poco en común. Es posible que espoleados por el creciente interés internacional tributado últimamente a las actividades literarias del Caribe los escritores tiendan hacia una voluntad de desarrollo, de crecimiento, de anuar esfuerzos y de formar escuela en el futuro para difundir más fácilmente sus productos (también haría falta una mejor infraestructura editorial).

Hasta ahora el panorama de sus escrituras ha sido demasiado amplio para tal proyecto, y ha hecho de ellos unos solitarios o ermitaños[332]. Esta pluralidad aporta al lector el atractivo de un „suspense" en cuanto a lo que va a encontrar en cada nuevo texto, dejándole en el agradable campo de la sorpresa.

332. No ha cambiado mucho, pues, desde la época, en que Portuondo acuñó esta frase: „No hay ni un poema, ni una novela del Caribe como totalidad". (cf. José Antonio Portuondo, *Caribbean Literary Themes in the Last Fivty Years*, en: Curtius Wilgus, *op. cit.,* pp. 256-262).